

Dr. RAMON L. MIRANDA I

(Médico de Martí)

La figura venerable del doctor Ramón Luis Miranda y Torres, ha sido el tema seleccionado para nuestro trabajo de ingreso. Hemos querido recordar así, a quien entró en las páginas de la Historia como médico de Martí.

Haber cuidado de aquella vida preciosa, que el propio Apóstol inmolaría voluntariamente en Dos Ríos exclamando: «para mí ya es hora», es en sí suficiente merecimiento para recibir bien de la Patria. Aquel médico veló por la salud del endeble cuerpo de Martí para que resplandeciera por siempre su inmenso y fulgurante espíritu de sembrador de hombres y pueblos libres y de orientador permanente de los destinos superiores de nuestra América y de la humanidad.

Mas a tales méritos profesionales del doctor Miranda hay que añadirle su brillante actuación académica y sus aportes a la causa de la Revolución de Cuba. De ahí las persecuciones sufridas y su exilio a los Estados Unidos. Exilio bienhechor por cuanto le permitió estar junto al Maestro, de aquel genio radiante que exclamara: “Quien se da a los hombres es devorado por ellos; pero es ley maravillosa de la naturaleza que sólo está completo el que se da; y no se empieza a poseer la vida hasta que no vaciamos sin reparo y sin tasa en bien de los demás la nuestras”. Empero, en bien de Cuba y del mundo había que defender y conservar aquella vida tan generosamente prodigada. Esta fue la gran tarea silenciosa del doctor Ramón L. Miranda.

Es pues oportuno y conveniente contribuir a que las nuevas generaciones conozcan mejor quien fue “el médico de Martí”, como médico, como cirujano, como revolucionario, como ciudadano, como hombre que tan de cerca recibió el influjo de fuerza eterna del más grande hombre de América.

Ramón L. Miranda nació en la ciudad de Matanzas, la bien llamada “Atenas de Cuba” por tantos hijos preclaros que vieron la luz primera **bajo** su cielo y que después dieron gloria a su patria tanto en las artes, **las** letras, **las** ciencias, la música, en todas las actividades humanas, así **como** en **los** ideales independentistas que defendieron con alto valor **indómito**. **El** 29 de julio de 1836 nació “el médico de Martí”. Sus padres

¹ Discurso de ingreso como Miembro de Número en la Academia de la Historia de Cuba. (Sesión del 20 de diciembre de 1960.)

fueron don Bernardino de Miranda y doña Gumersinda Torres y tuvieron dos hijos: Ramón Luis y Francisco.

ALUMNO DEL SALVADOR

Ocho años después su familia se traslada a La Habana, y entonces el pequeño Ramón Luis ingresó como alumno en ese gran templo de la enseñanza en Cuba que se llamó Colegio del Salvador y que regía aquel gran mentor y patriota don José de la Luz y Caballero quien fue sin dudas, el forjador de varias generaciones de cubanos, los que mantuvieron los ideales de liberación, los que lucharon por la libertad y forjaron la República creada en 1902. Aun están vivas y fecundas las simientes de aquel magno sembrador.

Alto honor tuvo Miranda con ser alumno de una escuela donde en sus aulas se respiraba saber, educación, patriotismo, encaminada a templar el alma para la vida.

Ingresa en el Colegio del Salvador —según apunta el biógrafo de Luz y Caballero, Profesor Mesa Rodríguez, en su libro inédito sobre ese plantel, en la Instrucción Primaria, Sección Tercera de “Lectura”, con el Profesor don Ramón Ramos, con el mismo profesor en la Sección Segunda de “Gramática Castellana”; con el profesor don Juan B. de Zayas, en la Sección Segunda de “Aritmética”. Al mismo tiempo en Educación Secundaria tomaba clases de “Algebra y Geometría” y de “Religión” con don Juan Bruno Zayas, de “Francés” con don Manuel Nathan y de “Latín” con don José María Zayas, en la Sección Primera y con el mismo profesor estudiaba “Geografía” y “Gramática Castellana”.

Miranda fue un alumno aplicado. Captaba fácilmente las explicaciones de sus profesores y en más de una ocasión obtuvo premios en el Colegio del Salvador consistentes en documentos firmados por el propio don José de la Luz y Caballero, que consideraba con orgullo como preciados testimonios de aquella gran fragua de hombres dignos y capaces.

En los exámenes generales del año 1848 le otorga don Pepe al niño Miranda en su primer año del Salvador el premio de “Lectura”.

Figuró como alumno en estudios pre-universitarios, dando clases del primer curso de “Historia” con don José María Zayas y “Física” y “Anatomía” con don Francisco de Zayas.

Del Colegio del Salvador salió Ramón L. Miranda impregnados en su mente y en su alma de los ideales de libertad y de la verdadera concreción de la patria que había de ser libre y soberana por los esfuerzos y sacrificios de sus hijos.

Las prédicas de Luz y Caballero a sus alumnos eran más eficaces que todos los libros de texto. Sus palabras doctas y morales estaban henchidas y pletóricas de sano patriotismo que iba forjando aquellos núcleos de cubanos propicios que habrían de dar sus frutos después en las epopeyas gloriosas del 68 y del 95, ya lo dijo Alfonso Hernández Catá:

“Don José de la Luz y Caballero arrojó en los cerebros de sus discípulos las primeras semillas de conciencia de los propios derechos”. También Medardo Vitier dijo: “Se propuso crear una mentalidad nueva, no hablaba de política en sus pláticas a la juventud, pero le sugería la aversión a toda forma de injusticia”.

EN LA UNIVERSIDAD DE LA HABANA

El estudiante Ramón Luis Miranda abandonó las aulas del “Salvador” e ingresó en la Real Universidad Literaria de La Habana, “donde como —dice su biznieto doctor David Masnata y Quesada— hizo información de limpieza de sangre y buenas costumbres el 14 de agosto de 1849 ante Bonifacio Quintín de Villaescusa, Canónigo Doctoral de la Santa Iglesia Catedral, constando en su Expediente No. 8,705 antiguo”.

Realiza el examen de admisión el 16 de agosto de 1849 con la nota de aprovechado y cursó los cuatro años de filosofía con nota similar y asistiendo al curso especial extraordinario que ofreció el Profesor Supernumerario don Antonio M. Tagle en 1853.

El primero de julio de 1853 terminado sus cuatro años de filosofía solicitó del señor Rector de la Universidad de La Habana, el examen como Bachiller en Ciencias, graduándose el 12 de julio del propio año con la nota de sobresaliente.

Se matriculó en la Facultad de Medicina y demuestra al comienzo de los estudios que era la ciencia de curar su verdadera vocación, ya que es uno de los alumnos más aplicados, con afán de trabajo y captador de los conocimientos que le ofrecen sus profesores. Los dos primeros años de la carrera de Medicina 1853-1854 y 1854-1855 fueron fácilmente vencidos por el joven estudiante, aprobando todas las asignaturas y haciendo notar en su expediente su puntualidad a clases.

EN LA FACULTAD DE MEDICINA DE PARIS

La familia Miranda-Torres decide entonces trasladarse a Francia. Los progenitores de los estudiantes de medicina de aquella época, siempre soñaban con la graduación de sus hijos en París; siguiendo la costumbre establecida y teniendo en cuenta la gran influencia de la Escuela de Medicina francesa para la mejor formación de estudiantes y médicos, Ramón L. Miranda, cuya familia tenía medios de fortuna suficientes, embarcó para Francia donde continuó los estudios de la carrera de medicina iniciados en La Habana.

Allí se matricula en la Facultad de Medicina, donde le admiten los certificados de estudios realizados en Cuba y como dominaba plenamente el francés se familiarizó con los textos y las clases orales y prácticas. Se adentró profundamente en los estudios médicos y en los mo-

mentos de descanso se le veía por la biblioteca de la propia Facultad o de la Academia de Medicina ansioso de ampliar sus conocimientos y su horizonte científico.

En París estudiaban aquel año numerosos cubanos, que formaron una fraternidad muy unida, muy identificada, ayudándose mutuamente. Compartían la añoranza del país lejano que dejaron atrás que ya soñaban libertar del yugo colonial, según las prédicas aprendidas del sabio mentor don José de la Luz y Caballero.

Ramón L. Miranda, Gabriel María García y Antonio Mestre, formaban una pequeña isla dentro del grupo estudiantil cubano de París. Siempre andaban juntos debido a la plena identificación que existía entre ellos.

EL ECO DE PARIS

El grupo estudiantil cubano que se reunió entonces en París, estaba formado por una valiosa selección de jóvenes sensibles al encantamiento de la ciudad parisina, pero sin dejarse llevar por la Bohemia de Montparnase ni por los excesos de la vida licenciosa del ajeno, el champán y las mujeres. Para su honor —y en esto debemos rendir un homenaje de admiración a aquel grupo de estudiantes cubanos— estos se dedicaron responsablemente a impulsos de espontáneo afán de superación y del deseo de comunicar a sus compañeros de Cuba los conocimientos de medicina que iban acumulando en la patria de Pasteur, tuvieron la feliz iniciativa de publicar una revista en idioma español que titularon “Eco de París”.

“Eco de París” según dijo el doctor Juan Santos Fernández en su gran estudio “Historia Abreviada de la Prensa Médica en Cuba”, aunque publicado fuera de aquí como se desprende de su nombre, lo hemos considerado siempre como perteneciente a la Prensa Médica Cubana, pues era redactado por cubanos que hacían sus estudios en Francia. Se consagró a la medicina, cirugía y ciencias auxiliares y estaba dedicado a los estudiantes de medicina de la Universidad de La Habana. Lo redactaba el doctor Carlos Valdés, espirituario inteligente que no volvió a Cuba y figuró en Francia siendo el sustituto del gran Pidoux en la dirección de “Aguas Buenas” y los doctores Luis María Cowley, Gabriel M. García, Pedro Hevia, Ramón Luis Miranda y Antonio Mestre. La publicación formó un tomo de 290 páginas en que procuraron sus redactores transmitir a sus paisanos residentes en la Isla, los estudios, trabajos y doctrinas de la Escuela Francesa, tan favorecida de los nuestros por la semejanza del idioma y afinidad de caracteres.”

Hemos revisado la colección de este periódico y pudimos observar la dedicatoria del primer número que dice así: “A los estudiantes de Medicina de la Universidad de La Habana”, y en el propio primer número en un trabajo que titulan “Al público” y que firman los redacto-

res, anuncian los propósitos que mueven esta publicación y dicen entre otras cosas lo siguiente: “Las circunstancias que tan a menudo deciden los actos humanos, hicieron nacer en nosotros un proyecto de propaganda científica. Hallándonos en un país donde los adelantos de la ciencia se suceden sin descanso, hasta el punto de ser corto el tiempo para consignarlo todo en nuestra memoria; rodeados por otra parte de compatriotas que se esfuerzan honrosamente en dejar bien parados sus nombres, volvimos los ojos a la patria y nos preguntamos si en tal situación no podríamos rendirle algún servicio y de si de tan abundante cosecha no nos sería dado recoger alguna más para trasplantarla al terreno nativo”.

Y la idea cristalizó y “Eco de París” se publicó en Francia en el mes de marzo de 1858. No fueron solamente ellos los que trabajaron en dicho periódico, también figuraron José Beato Dolz, Juan G. Havá, Juan B. Landeta, Manuel Machuca, Joaquín M. Porto y Luis Tapia.

Ramón L. Miranda figura de los primeros y más laboriosos en la nueva actividad periodística-médico-científica y tiene en el primer número la Sección “Clínica Quirúrgica” tratando sobre “Tumores de la región palatina constituidos por la hipertrofia de las glándulas salivares” y toma como base una de las lecciones clínicas ofrecidas por el ilustre cirujano doctor M. Nelaton y hace una acabada transcripción de las explicaciones del profesor así como de la intervención quirúrgica realizada.

FIEBRE AMARILLA

El segundo número de abril de 1858 trata preferentemente el tema de la Fiebre Amarilla, y dice el doctor Miranda: “Al ocuparnos de esta enfermedad no podemos menos que recordar a nuestra patria, donde causa estragos considerables casi todos los años. Muchas son las víctimas que sucumben a pesar de los costantes esfuerzos de los facultativos y por eso creemos de algún interés hablar sobre este asunto, como también lo haremos en lo sucesivo con cualquier otra enfermedad que se padezca en Cuba, no dudando que trabajos de esta naturaleza serán siempre bien recibidos como útiles, para nuestro país bajo cualquier punto de vista que se le considere”.

Como se observará, su amor a Cuba lo lleva a preocuparse de sus graves problemas que siente hondamente, tanto es así que todo lo que se exponga y pueda ofrecer una orientación, una luz, lo investiga e informa con diligente y constructivo interés.

En esa época 1858, aun Finlay recién graduado en el Jefferson Medical College de Filadelfia, luchaba en La Habana por realizar la reválida del título de médico en cuyo primer intento fue suspendido en la Facultad de Medicina de la Universidad.

Y ya por esa época Ramón L. Miranda, siendo un estudiante en

París, buscaba datos y aportes sobre la fiebre amarilla para ofrecerlos a Cuba y ver si se lograba evitar el flagelo de esta epidemia, las pérdidas de vida y los fracasos en el desarrollo económico de los países insalubres.

Hace historia Miranda en su trabajo de la aparición de la terrible enfermedad en las Antillas, recuerda los trabajos del doctor Tomás Romay, en 1797 en La Habana, y del doctor C. Valdés en 1857, en Montpellier. En este estudio describe los fenómenos de la enfermedad y los tratamientos que aconsejaba la ciencia.

Se refiere también en este mismo trabajo, que fue publicado en dos números de "Eco de París", a la gran discusión que se provocó en la Academia de Medicina de Francia el 9 de agosto de 1857 cuando se trató de la etiología de la fiebre amarilla, y dice el doctor Miranda: "Con motivo de un trabajo del doctor Dutrouleau concerniente a observaciones hechas durante 5 años de epidemia, de 1851 a 1855, en la Martinica y Guadalupe, en cuya discusión tomó parte M. Trousseau, quien argumentó de una manera brillante demostrando que la fiebre amarilla no es de origen palúdico y para ello invocó los hechos que había observado en unión de M. Louis, en Gibraltar (1828) donde dice: "No hay agua ni tierra, es una verdadera roca calcárea donde apenas crece la yerba y donde la enfermedad hacía estragos considerables, mientras que en San Roque, situada a poca distancia y rodeados de pantanos, donde reinan constantemente las fiebres intermitentes, no se presentó un solo caso, pudiendo servir de refugio a los emigrantes".

OTROS TRABAJOS

En el número de junio, Miranda publica otro artículo científico titulado "Revista Extranjera" donde ofrece el resumen de algunos hechos publicados por la prensa, reseñando el tratamiento de diversas enfermedades y los resultados, como en casos de tétano, tumor vascular de la órbita, la excisión del nervio maxilar superior en tres casos de neuralgia facial y otros.

En el número de agosto, en la Sección de "Clínica Médica" escribe "Del vértigo reumático" presentando casos, diagnósticos, tratamientos y resultados, llamando la atención de los médicos con las palabras de M. Sovet para que no se confunda el vértigo reumático con afecciones de muy diversas naturalezas y se pongan en práctica recursos inútiles y perjudiciales.

Sigue "Eco de París" publicándose mensualmente y en la "Sección de Clínica Quirúrgica" escribe Miranda sobre "tumores sanguíneos de la bóveda del cráneo, en comunicación con la circulación venosa intracraneal" y dice: "Estos tumores, que en la Sociedad de Cirugía se han comparado a menudo a los aneurismas venosos observados con frecuencia en algunas regiones del cuerpo, pero nunca en el cráneo, no se hallan descritos ni siquiera indicado en los tratados de cirugía tantos antiguos

como modernos: hoy gracias a las investigaciones de M. Emilio Dupont, que ha reunido 13 casos observados por hombres distinguidos en la ciencia como los doctores Nélaton, Middeldorf, A. Richard, Verneuil, Dufour, Chassaignec, etc., se ha podido trazar bastante bien la historia general de esos tumores, basados en el análisis de cada hecho y en las conclusiones que se deducen de su conjunto”.

El último trabajo que escribió Miranda en “Eco de París” fue en el número de octubre de 1858 en la “Sección de Medicina Operatoria” y bajo el título: “Del enderezamiento inmediato y de la cauterización debajo del vendaje almidonado en el tratamiento de los tumores blancos de las articulaciones”, donde ofrece las clases que recibió sobre esas enfermedades.

En los números siguientes no aparece la firma de Ramón L. Miranda, pero en la relación de trabajos publicados en las secciones Re- Vistas de las Academias y Variedades, en muchas notas se observa su estilo y por los temas tratados, relativos a otros trabajos ya publicados, hacen sospechar que esas notas sean de él, pues es muy raro que estando en Francia y publicándose la revista no se incluyera alguno de sus artículos.

En febrero de 1859 se publicó el último número de “Eco de París”, la empresa romántica y extraordinaria de aquel grupo de estudiantes cubanos habían realizado un gran esfuerzo, habían llenado un gran vacío, pero la indiferencia ambiente de la patria no contribuyó con los fondos suficientes para sostener la publicación.

Así terminó un noble esfuerzo periodístico de divulgación médica, pero dejó en pie la evidencia de lo mucho que puede hacer el esfuerzo colectivo de un grupo de estudiantes para demostrar que estudiaban y para revertir a la comunidad en servicios de bien público cuanto asimilaban de sus profesores y libros con propias ideas a fin de brindarlas al buen propósito a sus hermanos los estudiantes de Cuba. Este gesto es justo que la historia lo recoja y lo muestre como ejemplo.

CRADUADO EN PARIS

El 10 de mayo de 1861 se gradúa Ramón L. Miranda, de médico en la facultad de Medicina de París, después de realizar brillantes exámenes. Todas las asignaturas las aprobó, sin un solo suspenso en la carrera. Es más, constan felicitaciones de sus profesores, primeras figuras de la medicina francesa.

Sobre su examen de grado en la Facultad ed París, dice el Dr. Gustavo López: “Allí ante el competente tribunal que lo graduó, supo sostener su tesis sobre “La Parálisis del motor ocular común”, asunto que no estaba desde luego tan estudiado como hoy, pero que desarrolló con sobrada maestría, justificando así la felicitación que le dio el inolvidable y bien querido profesor doctor Martin Malgron, que tenía al

doctor Miranda como al doctor Gabriel M. García como sus discípulos perdilectos”.

La tesis del doctor Miranda fue editada en París y el ejemplar lleva la siguiente dedicatoria elocuente y emotiva: “Al mejor de los padres, cuán dichoso me considero hoy en poder ofrecerte este simple fruto de mis trabajos, y ojalá que así se encuentren recompensados en algo tu tierna solicitud y tus paternales sacrificios. A mi buena madre: amor eterno. A mi hermano querido: cariño y unión”.

También tiene en la propia dedicatoria un recuerdo para sus profesores de la Facultad de Medicina de París y para su compañero el doctor Antonio Mestre.

Esta tesis de grado desarrollada por Miranda es el resultado de sus trabajos y experiencias adquiridas durante su permanencia en los Laboratorios de Fisiología del doctor Malgron y mereció, como apunta Carlos M. Trelles, un cálido elogio del profesor Broca, máxima autoridad médica francesa en la materia.

EN ESPAÑA

De Francia el doctor Ramón L. Miranda se trasladó a España para obtener en la Universidad Central de Madrid la incorporación de su título, pues sin ese requisito no podía ejercer la profesión en España ni en sus colonias y como Cuba estaba bajo el dominio español, había de someterse a esta nueva prueba, cosa que no asustaba al novel médico, pues conocía plenamente las materias de la carrera que había estudiado con verdadera vocación, no para tener un título, sino para ejercerla a plenitud y en bien de los demás.

En España, dada la procedencia francesa del graduado, se le obligó a incorporar una por una las asignaturas. Pero ello nada afectó al doctor Miranda; por el contrario, hizo cuantos aportes le reclamaron, respondió ampliamente todos los interrogatorios a que fue sometido por los tribunales de examen, con lo que sus nuevos estudios en España le representaron nuevo perfeccionamiento y nuevos triunfos en su carrera.

Su examen de grado en la Facultad de Medicina de la Universidad de Madrid fue muy notable. Realizó una operación en labio leporino que le valió no solamente el grado, sino la felicitación del Profesor de Medicina Operatoria, que expresó satisfecho: “He aquí un cirujano estético”.

Con esta tesis de su graduación como médico cirujano en Madrid, Ramón L. Miranda fue uno de los precursores de la cirugía estética.

Tanta resonancia tuvo su tesis que se le indicó que debía quedarse en Madrid a ejercer la profesión, pero añorando la patria declinó todo ofrecimiento para regresar a Cuba.

En Ramón L. Miranda hay que hacer resaltar un hecho trascen-



DR. RAMON L. MIRANDA
(Archivo Quesada-Miranda)

dente: su amor a la patria a pesar de que casi la mayor parte de su vida transcurrió en tierras extranjeras.

Abandonó España con dos títulos más: uno de Bachiller de la Facultad de Medicina de la Universidad de Madrid, según diploma de 1861 y el de Licenciado en Medicina y Cirugía de dicha Universidad, de 12 de agosto de 1861, cuando había cumplido los 25 años de edad.

EN CUBA

Aquel joven de 25 años de edad regresó a la patria cargado de ilusiones. Había vencido una gran jornada con sus estudios en Cuba, Francia y España. Había logrado obtener una profesión para ser útil a sus semejantes. Además tenía supremos anhelos juveniles de liberación. Soñaba con una patria libre.

En Cuba comenzó a ejercer su noble profesión desde su llegada. Había sabido comprender en sus estudios la trascendencia de la misión del médico consciente de su responsabilidad instaló su consultorio en La Habana y pronto fue un médico de numerosa clientela, no tanto por su posición social, sus grandes relaciones entre la mejor sociedad habanera, sino por sus diagnósticos acertados y eficaces tratamientos, como por su afable manera de tratar con el enfermo y de ganarse su cooperación, su fe y su confianza. Era un gran conversador y sabía aplicar en cada caso la palabra oportuna. Manejaba acertadamente los vocablos - y conceptos como los cuentos y las anécdotas, como eficaz complemento de la terapéutica de aquel tiempo. Era Miranda el prototipo del médico de familia.

MEDICO DE LOS POBRES

Pero no podemos decir que el doctor Miranda era un médico de alta sociedad, pese a su condición social y económica; era más bien "el médico de los pobres". Gran parte de su clientela estaba en las "cuarterías", en los "solares" donde la población más humilde y necesitada se hacinaba en sus cuartos sin ventilación y faltos de higiene. Así vemos al grave doctor Miranda vistiendo su impecable chaqué y su ostentoso sombrero de copa recorriendo los barrios pobres de La Habana, brindándoles asistencia médica a los que nada tenían. Pero hay más en estas visitas que hacía el doctor Miranda, no sólo no percibía honorarios sino que muchas veces dejaba el dinero junto a la receta para la adquisición de las medicinas.

Revisando los "Anales de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana" nos hemos encontrado con valiosos aportes del doctor Miranda, obtenido de sus observaciones personales durante sus visitas médicas a los barrios pobres. Su clientela pudiente era numerosa aunque inferior a la siempre creciente de sus enfermos pobres.

Hombre de esta fibra humana habría de identificarse prontamente con el genio martiano que después habría de proclamar: “Con los pobres de la tierra quiero yo mi suerte echar”.

Muchas noches el doctor Miranda interrumpía su sueño y hacía enganchar su coche o volanta para acudir a la casa de un pobre que estaba grave y esta función de misionero de la medicina la realizaba como un deber.

CARGOS MEDICOS

Recién llegado a Cuba, el doctor Miranda fue nombrado el 2 de abril de 1864, Médico Provincial del Cuerpo de Sanidad Militar de La Habana y del Hospital Militar de San Ambrosio. En este cargo buscó la práctica médica que tan necesaria es al recién graduado. En ambos organismos tenía siempre abundancia de material humano para el ejercicio profesional.

Fue Socio Facultativo de la Sección de Ciencias del Liceo Artístico y Literario de La Habana, Médico de la Junta de Caridad del Cerro; Médico de la Casa de Beneficencia y Maternidad y Médico Forense de Semana.

En todos ellos trabajaba con entusiasmo sin límite, para tratar de aliviar los dolores humanos con su ciencia y cuando no, con palabra de consuelo, de fe, de aliento y de esperanza.

EN LA ACADEMIA DE CIENCIAS

El doctor Ramón L. Miranda ingresó en la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana, por su intensa actuación científica, por su afán de investigación, por su extrema laboriosidad. Para aspirar a Académico Supernumerario de la Sección de Medicina, presentó un trabajo titulado “De la anestesia local”, brillante estudio que causó gran repercusión en la docta corporación por su manera de exponer el tema incluyendo hasta sus más mínimos detalles, así como por las conceptuosas afirmaciones; presentaba el cuadro de dolor del paciente ante la intervención quirúrgica, después hace un resumen de todo lo existente en el mundo en materia de anestesia, sobre las aplicaciones de la anestesia local y sus efectos en todos los aspectos, no limitándose solamente a las citas de los grandes maestros y a los casos observados en los hospitales, sino a la propia experiencia.

El 28 de octubre de 1866 el doctor Luis M. Cowley, ilustre personalidad médica, tronco de una gran familia de la medicina cubana, da cuenta en el pleno de la Academia con su ponencia acerca de la Memoria presentada por el doctor Ramón L. Miranda, en opción del título de Académico Supernumerario.

En este trabajo el doctor Miranda, un amplio y detallado estudio

de la anestesia en todos sus aspectos, haciendo historia de la misma donde afirma: "A pesar de ser el dolor el centinela que la naturaleza ha dado al hombre para que vigile su conservación también es el enemigo más enérgico y formidable que le ataca, no solamente en muchas enfermedades, sino también en las operaciones quirúrgicas por insignificantes que sean; así es que desde tiempo inmemorial buscan con infatigable ahinco los medios capaces de combatirlo; siempre fue éste el sueño dorado de espíritus eminentes y hasta el mismo Hipócrates nos da el siguiente precepto: *Divinum est opus sedare dolorem*. En efecto, nada es más admirable que cambiar en momentos de tranquilidad y a veces de agradables sueños la terrible prueba de las enfermedades y de las operaciones quirúrgicas; pero al gozar de ese inmenso beneficio por medio de la anestesia general, no solamente se extingue la sensibilidad sino también el conocimiento y la voluntad y junto a tan asombrosas propiedades existe una amenaza de muerte por los efectos tóxicos de las sustancias administradas; así diremos con el célebre profesor Trousseau que "atacar el árbol nervioso por la raíz con agentes de tanta energía será siempre peligroso" por lo cual debe considerarse como un verdadero progreso la aplicación local de sustancias que tengan la propiedad de extinguir la sensibilidad de un modo constante y seguro y bastante poderoso para luchar con ventaja contra las inhalaciones pulmonares".

Analiza todos los aspectos de la anestesia general en sus distintas facetas, cita las distintas investigaciones y progresos en la materia y hace la siguiente conclusión:

"La anestesia local aún no ha llegado a su perfección, pero los primeros pasos están ya dados con felices augurios; la ciencia marcha adelante por un buen camino, sus obreros trabajan incesantemente y quizás llegue un día en que nuevas conquistas coronen sus esfuerzos, subyugando el dolor en toda circunstancia y no exponiendo a los enfermos durante las operaciones sangrientas a accidentes graves o funestos, determinados por la inhalación de los anestésicos".

El doctor Cowley en su informe sobre el trabajo "De la anestesia local" ,der doctor Miranda afirma rotundamente: "Tema más bello que éste no pudiera escogerse para una memoria, puesto que enriqueciéndose la ciencia cada día con la adquisición de nuevos medios destinados a tan sorprendente resultados, cuanto de él se escriba reúne a la utilidad más grande, la novedad más reciente, así lo ha comprendido el autor de interesante memoria sobre la anestesia local y principalmente sobre los nuevos resultados obtenidos por el proceder de Richardson, presentada últimamente a esta Real Academia en justa solicitud del honroso título de Miembro Supernumerario de tan ilustre Corporación. La Comisión nombrada para su examen viene hoy solícita, y más que solícita satisfecha, a daros cuenta de su cometido, no sin expresaron antes la complacencia que ha experimentado con la lectura de su trabajo en cuyas páginas, revela a cada paso su autor la más sobrada instrucción y la más recomendable laboriosidad".

Y termina pidiendo que se acceda gustoso a la aspiración del autor dándole el título de Miembro Supernumerario y que se publique dicha Memoria que encierra hechos bastantes importantes y observaciones sumamente minuciosas.

En esta propia sesión de la Academia que presidía el fundador de la misma doctor Nicolás J. Gutiérrez, fue aprobada por unanimidad la ponencia del doctor Cowley y aceptando como Académico Supernumerario al doctor Ramón L. Miranda y Torres.

En la sesión pública del 11 de noviembre de 1866, asistió el doctor Miranda, para tomar posesión de su cargo de Académico. Presidió la sesión el doctor Nicolás José Gutiérrez, estaban presentes la mayoría de los académicos, entre ellos: don Felipe Poey, Antonio Vicente Castro, Aenlle, Fernando González del Valle, Havá, Michelena, Galán, García, Melero, Dumont, Mestre, Govantes, Valdés Castro, Valdés y Aguirre y como Secretario, José Francisco Ruz.

En esta sesión se dio cuenta que había cesado como Gobernador General de la Isla el General Lersundi y había tomado posesión el General Manzano.

Después el Presidente doctor Gutiérrez, dio posesión al nuevo Académico Supernumerario doctor Ramón L. Miranda, dirigiéndole lisonjeras palabras a las que respondió el recién ingresado prometiendo su más decidida cooperación a las labores académicas.

En esta misma sesión el Presidente de la Academia exhortó a los académicos para que se ocuparan de estudiar las afecciones del hígado desde el punto de vista de la localidad, sin perderse en el laberinto en que se adentraron al estudiar la fiebre amarilla, a causa de haber llevado la cuestión al terreno de las miasmas.

Los doctores Castro, González del Valle, Hava, Michelena, y José Francisco Ruz protestaron contra las expresiones del Presidente de la Academia doctor Gutiérrez y manifestaron que en manera alguna se había extraviado la cuestión ni perdido el tiempo, pero aceptaban la indicación y eran los primeros en apoyar la proposición del Presidente.

La segunda sesión de la Academia a que asistió el doctor Miranda fue la del 25 de noviembre de 1866; pudiendo presenciar una nueva discusión acerca del incidente entre don Felipe Poey y Marcos J. Melero, por un informe de los pescados siguatos, así como otra discusión apasionada sobre un supuesto cáncer del seno, sosteniéndose su no reproducción e interviniendo los académicos doctores Fernando González del Valle quien dijo lo fácil que era confundir el cáncer con un lipoma; Galán dándole preferencia a la observación del microscopio; el Secretario doctor José Francisco Ruz, extrañándose que se le diera preferencia a la observación del microscopio sobre la observación clínica, cuando era sabido que muchos sostenían —y entre ellos el ilustre Velpea— que los micrógrafos “ven lo que quieren ver en la primera media hora, y, transcurrida ésta, no ven nada”, agregando que si los caracteres clínicos

no eran suficientes tampoco el microscopio era juez absoluto, “es auxiliar, dijo, pero no más”.

La discusión se hizo tensa, apasionada, intervinieron también en el debate los doctores Michelena y Vicente Antonio Castro. Este último dijo que oía hablar de enfermedades incurables que él no conocía, pues precisamente en las reputadas como tales había alcanzado curaciones. El doctor Havá impugnó las manifestaciones sobre la inutilidad del microscopio a lo que el doctor José Francisco Ruz, replicó “Que lo que él negaba era tan sólo el carácter absoluto que los micrógrafos atribuían a ese instrumento”.

Ese fue el debut del doctor Miranda como oyente en la Academia de Ciencias.

Y ya familiarizado en las actividades académicas, comienza a participar en los debates y en la sesión del 10 de febrero de 1867, es designado Miembro de la Comisión de Medicina Legal en sustitución del doctor Antonio Mestre y a propuesta del mismo dimitente.

El 5 de mayo de 1867 celebró la Academia de Ciencias su sesión de elecciones para la renovación de la Junta de Gobierno. El doctor Miranda no asistió a la misma y a pesar de ello obtuvo seis votos para el cargo de Tesorero de la Corporación. Su oponente fue el Dr. Joaquín Aenlle, fundador y muy querido, sin embargo ganó por tres votos de diferencia.

Esta derrota no dice nada en contra del doctor Ramón L. Miranda, por el contrario fue un triunfo moral, pues su adversario era un fundador de la Academia y él era recién ingresado, con todo ello solamente es vencido por tres votos.

El Dr. Ramón L. Miranda, cuya labor en la Academia sobresalía no sólo por su participación en los debates, sino por los valiosos aportes científicos que constantemente hacía, así como por sus ponencias como Presidente de la Comisión de Medicina Legal, cuyos informes eran solicitados por los Tribunales de Justicia, le hicieron adquirir cierta personalidad académica. Solamente se esperaba una vacante de Número para ascenderlo a tan elevada posición.

Pero en el transcurso de esa espera, surgió una modificación de los estatutos de la Academia efectuada el 1ro. de septiembre de 1867, suprimió la clasificación de Supernumerarios y ascendiendo a los que tenían dicha clasificación Académicos de Número. En virtud de esa reforma pasaron a Académicos de Número los doctores Guillermo Michelena, Juan G. Havá, Raimundo de Castro Alió y Ramón L. Miranda.

En la sesión del 27 de octubre de 1867, bajo la presidencia del doctor Gutiérrez, se conoce de la solicitud de informe del Gobernador Civil, acerca de una enfermedad que había aparecido en uno de los careneros de los señores Samá, stiuados en las playas de Casa Blanca.

El doctor Miranda a nombre de la Comisión designada informa y dice que la enfermedad que había invadido a algunos trabajadores de aquel carenero era el cólera.

Esta cuestión motiva una apasionada discusión donde unos médicos sostienen que no es cólera y los comisionados que sí. La realidad de los hechos dio la razón al doctor Miranda y sus compañeros de Comisión, porque se declaró en La Habana una grave epidemia de cólera.

Como ponente de la Comisión de Remedios Nuevos y Secretos de la Academia de Ciencias, rinde un informe sobre un medicamento presentado por el señor José Acosta como una panacea contra los dolores reumáticos y nerviosos en los hospitales y enfermerías de Canarias, Africa, Matanzas, etc., donde ha servido como practicante y acompaña un frasco con el líquido curativo.

Ante esta pretensión el doctor Miranda en su informe un tanto irónico dice: “El señor Acosta tan práctico y experimentado como él lo asegura en su solicitud, ha olvidado indicar el modo de usar su remedio; nada dice de la dosis a que lo emplea ni si lo administra a lo exterior o interiormente; tampoco precisa los casos y condiciones en que haya de aplicarse, circunstancias que debió tener muy presente, porque conocida la causa de la enfermedad, puede con sus probabilidades de éxito favorable combatirse con los medicamentos apropiados. Pero somos demasiado exigentes con dicho señor, quien tal vez sólo por rutina empleará los medicamentos, sin conocer el mecanismo ni las leyes que rigen el organismo humano; y con ese motivo no podemos menos de recordar las expresivas palabras de Volney dirigidas en una carta a Napoleón I, cuando le dice: “que en medicina, lo mismo que en política, hay muchos que no saben arreglar la casa y quieren arreglar el Estado, estableciendo sistemas y lanzando con atrevida presunción censuras en artes tan vastos e intrincados como la de gobernar la organización humana y el cuerpo social”.

Agrega después “nada nuevo encontramos en la composición del líquido del señor Acosta, para que se le decore con el título pomposo de específico para curar los dolores de la naturaleza reumática, con su simple aplicación exteriormente y sólo consideramos que podrá ser útil en dolores superficiales”.

“Diariamente aparecen —dice después— nuevos remedios secretos que rodeados del misterio y anunciándose como maravillosos por los efectos que producen, no tienen otro objeto, en la mayoría de los casos, que la especulación, debemos rechazar enérgicamente toda esa clase de preparaciones que vienen a buscar apoyo de nuestra Academia para darle más valor, y sólo aceptar aquellas cuya acción sea real y positiva sobre las enfermedades para que se aconsejan”.

Continuó el doctor Miranda su vida académica, presentando un informe sobre el trabajo “Apuntes para la Historia del Cólera en La Habana” del Licenciado Domingo Rosain, señalando que el autor divide la obra en tres épocas iniciada en el año 1867, en la primera etapa se basa en el informe del doctor Manuel Piedra “quien tuvo el Mérito de diagnosticar la enfermedad que por vez primera invadía la ciudad, po-

niéndolo en conocimiento de la autoridad”, en la segunda etapa se basa en los informes de los doctores Romay, Bernal, Hevia y Carrillo y de Nicolás J. Gutiérrez, que se lamentaban de la falta de higiene en el país.

También glosa en este trabajo el tratamiento aconsejado en aquella época empleándose el calor exteriormente, los estimulantes interiormente, como también el opio, éter, hielo, etc.

En la sesión del 13 de agosto de 1871 se trató de la mortalidad excesiva de los párvulos que se debe según explicó el doctor Ambrosio González del Valle a la mala alimentación de las clases pobres, por sustituir la leche materna por otra artificial u otras ingestas poco adaptables a los órganos digestivos en la primera infancia; sustitución que acarrea males sin cuento los cuales vendrán seguramente a aumentarse después del anuncio publicado en los periódicos sin la sanción académica, y contra todos los preceptos de la higiene se lanza el grito ¡abajo las crianderas! cuando debiera establecerse un protectorado para la infancia.

El doctor Hita presente en la sesión y autor del anuncio ¡abajo las crianderas!, explica que algún día dará la razón que tiene para considerar tan importante asociación de ciertos productos químicos a la leche de vaca con el objeto de hacerla más sana y nutritiva como la de la mujer, hasta superior a ésta por cuanto no ofrece sus inconvenientes de las enfermedades, afecciones morales, mal carácter, a que está sujeta la nodriza.

Esto motiva un debate en que intervienen varios académicos entre ellos el doctor Miranda, que enarbolando un ejemplar del anuncio repartido a domicilio, hace comprobar que si en el inserto en los diarios de la capital se dice: “No más crianderas, no más indigestiones, sana y segura lactancia para los niños” en el que tiene a la vista se lee “el gran descubrimiento consiste en haber encontrado una sustancia que cambia la leche de vaca en leche de mujer” y agregando “sin los inconvenientes que suele ésta tener, y depende del mal carácter, impropia alimentación, disgustos, pasiones, enfermedades, a que está sujeta la nodriza”. Por otro lado dice el anuncio “la gran y trascendental importancia que tiene el descubrimiento químico que hoy ofrecemos a la humanidad, no admite dudas, ya bien se mire bajo el punto de vista de salubridad, seguridad y sorprendentes resultados, buena salud, robustez y desarrollo del niño, ya bien como la lactancia más económica y que no está sujeta a los inconvenientes que ofrece la lactancia por amas de leche”.

Después de leer este anuncio el doctor Miranda deduce “abajo las crianderas” advirtiendo con pena que el anuncio va acompañando de certificaciones de los doctores Antonio Caro y José C. Monteresi y espera que tanto estos señores como el doctor Hita expongan a la Academia las pruebas científicas y los hechos en que se fundan, la excelencia de tan renombrado papelillo.

En la sesión del 28 de agosto de 1871 la Academia acordó la si-

guiente Resolución: “La Academia ha visto con mucho desagrado la conducta profesional de dos de sus miembros, que valiéndose de la prensa diaria y otros medios abusen de la credulidad pública con sus ruidosos anuncios, convirtiendo la más sagrada de las profesiones en el más vulgar de los comercios”.

En la sesión del 28 de noviembre de 1871 se dio lectura a un trabajo presentado en la Academia de Bélgica por el profesor P. Beylynck sobre “Teras, Tératos, Monstruos” ofreciendo un estudio acerca de las anomalías que se nota en los hombres y en los animales y no son meramente objeto de curiosidad sino que reflejan nuevas luces sobre la historia de los animales, especialmente sobre la del hombre y recomienda el estudio de la parte de la teratología que comprende el análisis de las desviaciones orgánicas que traen los hombres consigo al nacer, y no aquellas deformaciones accidentales posteriores al nacimiento o debido a enfermedades, esto motivó un gran debate en la Academia de Ciencias exponiendo el doctor Hernández que aceptaba la influencia de la imaginación en la producción de monstruos, porque ello es una fuerza creadora residente en el encéfalo y capaz de ese efecto. Agrega que ha tenido ocasión de observar varios casos de deformidades y monstruosidades: en uno la Ley de la herencia se comprueba.

El doctor Oxamendi cita en apoyo del influjo de la imaginación el caso de una señora que por haber visto un orangután dio a luz un niño que ofrecía la más completa semejanza con este cuadro-mano.

El doctor Miranda duda que la imaginación tenga una influencia tan marcada en la producción de deformidades en el feto, que coincidan con impresiones recibidas por la madre durante la gestación, pues diariamente las mujeres en ese estado las tienen bastante fuertes sin que en nada haya afectado al feto para hacerle tomar la forma del objeto que las impresionó, y sólo una casual coincidencia hace que algunos expliquen de esa manera la deformidad debida al exceso o a la falta de desarrollo de alguna parte del cuerpo, buscando entonces la madre, como es natural, la causa de aquel defecto en el recuerdo de algún objeto que la afectara desagradablemente durante el embarazo y olvidándose por completo de dar importancia a dichas impresiones si el feto viene al mundo sin defecto alguno: “Este es un hecho, agrega el doctor Miranda, de observación demasiado constante y repetida para que deje de tener un gran peso en nuestra opinión”.

En noviembre de 1867, renunció la Tesorería de la Academia el doctor Joaquín F. Aenlle, por motivos de salud, y fue elegido para sustituirlo el doctor Ramón L. Miranda, cargo que desempeñó hasta que tuvo que exilarse del país por motivos políticos.

En la sesión del 25 de febrero de 1872, el doctor Fernando González del Valle presentó un informe sobre el tratamiento quirúrgico del cáncer que motiva el natural debate ante los casos presentados, cuarenta operaciones de cáncer y afirma que los cánceres deben operarse a pesar de una reproducción más o menos tardía.

El doctor Miranda expone que el informe debe pasar a las comisiones de Patología Quirúrgica y Medicina Operatoria, las cuales sin duda propondrán al doctor González del Valle para que desarrolle el pensamiento en ellas consignada. Creo también que sobre todo debe fijarse el sentido de la expresión "Cáncer oculto" porque a primera vista no pudiéndosele conocer, se hace inútil toda discusión a él referente.

El Presidente de la Academia doctor Nicolás J. Gutiérrez, en la sesión solemne conmemorativa de la fundación de la Corporación celebrada el 19 de mayo de 1874, elogia la labor de los doctores Antonio Mestre y Ramón L. Miranda, en la confección de la obra "Médico Legal e Higiene Pública", publicando dos gruesos volúmenes sobre los trabajos que han sido acogidos con gran beneplácito por los señores letrados, abogando por la creación de un "Cuerpo de Médicos Forenses".

En la misma sesión el Secretario doctor Antonio Mestre elogia especialmente la labor del doctor Miranda y otros en beneficio de la humanidad en la administración de la vacuna antivariólica.

El doctor Miranda, tuvo que abandonar el país como muy bien apunta el doctor J. A. Martínez Fortún en su "Historia de la Medicina en Cuba" cuando dice: "En Mayo de 1874 el doctor Ramón L. Miranda se traslada a Nueva York acosado por la persecución de que era objeto", pero no perdió el contacto académico como dice el doctor Jorge Le Roy: "Emigrado a la vecina República Norteamericana cuando la Guerra de los Diez Años, fijó allí su residencia y permaneció como corresponsal no olvidando jamás a su querida academia y representándola en Exposiciones y Congresos, lo que le vale el título de Académico de Mérito que se le confirió el 28 de abril de 1901".

Entre los trabajos remitidos a la Academia desde el extranjero figura: "Aguas Minero-Medicinales de Saratoga". Bajo este título ofreció el doctor Miranda un interesante estudio a la Academia de Ciencias que después fue publicado en un folleto por la imprenta "La Antilla" de Cacho Negrete, sita en la calle de Zulueta No. 78 en La Habana, donde analiza el punto estrictamente científico de la acción de las aguas minerales en el organismo humano, constituyendo un valioso estudio de hidrología médica y da una amplia explicación de la importancia terapéutica de las aguas minero medicinales de Saratoga y para qué enfermedades sirve.

Sobre este trabajo apuntó el doctor Mestre, "ha recogido las indicaciones y conocimientos verdaderamente útiles y prácticos que reclama la ciencia".

Sobre este mismo trabajo del doctor Miranda acerca de las aguas de Saratoga le escribió Martí una carta que decía: "A Ramón L. Miranda. Junio 5 de 1891. Mi distinguido y querido doctor: Estoy casi manco, como verá por ser la letra del Secretario bondadoso; pero no quiero tardar más en decirle, aunque le pueda parecer pedantería, el gusto y provecho con que leí su estudio, acabado a mi juicio, sobre las aguas de que es usted Pontífice. No me diga que no es obra de literatura,

porque ésta sólo consiste a mi ver, en decir las cosas con la claridad que resplandece en su folleto, y una música que a usted nunca le falta. Ramón Zambrana, el médico letrado, le hubiera aplaudido muy de veras la vivacidad original y recuerdos de historia que alegran las páginas. Mas le diría si no fuera por miedo de que le pareciese lisonja, pero aún sin decírselo, usted sabe en cuánto lo tiene y cuán sinceramente lo estima su amigo que muy pronto lo ha de ver.—José Martí.”

El doctor Ramón L. Miranda sentía verdadera devoción por la Academia de Ciencias de La Habana. Disfrutaba laborando en sus sesiones y cuanta comisión se le encomendaba la cumplía a planitud. Ayudaba a la Corporación en sus momentos de angustia económica, ya lo dijo el doctor Saturnino Picaza: “Miranda fue uno de los Mecenas de la Academia”.

Desde Nueva York rindió un informe a la Academia en 11 de mayo de 1884 titulado: “Anestesia por el recto” donde expone las ventajas del nuevo procedimiento anestésico empleado en Francia por el doctor Molière y que también han utilizado médicos norteamericanos con notable éxito en sus intervenciones quirúrgicas.

El doctor Mestre comentando el informe del doctor Miranda, afirmó: “La ausencia del período de excitación y que no son los vómitos tan frecuentes antes y después de la operación como por el antiguo método, circunstancia ésta última de tenerse en cuenta sobre todo en la Oculística en donde como lo hizo presente el doctor Carlos J. Finlay es una verdadera complicación el mencionado accidente.

El 11 de enero de 1885 el doctor Miranda, envía otro informe a la Academia, sobre la anestesia local producida a base de hidroclorato de cocaína y expone que los experimentos realizados por distintos cirujanos y oculistas de aquella ciudad, muchas de dichas operaciones ha presenciado, demuestran que la solución dilata la pupila, no irrita el ojo y produce la anestesia no sólo en la mucosa ocular, sino en la boca, la laringe, etc.

El ilustre Pasteur había asombrado al mundo con sus importantes trabajos antirrábicos y el doctor Miranda, recoge en Nueva York, todo lo relacionado con el procedimiento pasteuriano y lo remite urgentemente a Cuba, siguiendo sus mismos impulsos de estudiante preocupado de que los cubanos conocieran todo progreso de la medicina con rapidez.

En la sesión de la Academia de Ciencias, de 24 de enero de 1886, se conoció, enviado desde Nueva York, un informe del doctor Miranda sobre la profilaxis de la rabia según el método de Pasteur y anunciando que en los Estados Unidos se proyecta la creación de un Instituto Americano en el que serían asistidas gratuitamente todas las personas amenazadas de hidrofobia u otras enfermedades susceptibles de ser dominadas por los mismos métodos. El doctor Carlos J. Finlay hace uso de la palabra y opina que la fundación de uno de esos establecimientos en los Estados Unidos es muy encomiable y por la proximidad a Cuba sería para nosotros de un gran beneficio. También hablaron sobre el informe

del doctor Miranda los doctores Nicolás J. Gutiérrez, Raimundo de Castro, Manuel Lavín y Antonio Mestre, estimando la información rendida y apuntando sobre el tema casos de rabia tratados en Cuba.

El doctor Miranda laboró intensamente en la Academia de Ciencias, participaba en casi todos los debates y si recorremos las páginas de los anales vemos sus valiosas opiniones sobre cólera, viruela, sífilis, muermo, etc., en marzo de 1870 es designado Presidente de la Comisión de Medicina Legal; el 28 de agosto de 1870, fue designado para responder al discurso de ingreso del doctor Escarrá sobre "Cistitis Cantaridea" donde hace historia de esta afección y llama la atención en ciertos tratamientos y termina diciendo a los médicos: "que el edificio de la ciencia no está aún acabado y debemos por lo tanto trabajar en la vía del progreso en que marcha la humanidad"; en la sesión del 10 de julio de 1870, fueron designadas las comisiones académicas y el doctor Miranda figuró en las siguientes: "Medicina Operatoria", "Partos", "Higiene Pública", "Medicina Legal y Policía Sanitaria".

En la sesión del 13 de enero de 1901 el Presidente de la Academia doctor Santos Fernández al cumplir el acuerdo de la docta corporación que exaltó al doctor Ramón L. Miranda a Académico de Mérito dijo: "Por mucho tiempo fue su Tesorero, siendo Presidente el insigne fundador doctor Nicolás J. Gutiérrez, y su actividad, y desprendimiento, eran notorios, cuando se contaban con muy pocos elementos materiales para sostener el establecimiento".

"Decidido partidario de las libertades de Cuba tomó parte en la obra de redención que obligó a tantos a expatriarse, pero ni el extrañamiento de su país ni la deshogada posición que le permitía no contar exclusivamente con el ejercicio profesional, y dejar de ser médico le hicieron olvidar este campo de las lides de la inteligencia, en que brilló la suya en primera línea, se mantuvo siempre atento a su desenvolvimiento y a él siguió contribuyendo del modo que se le permitían las circunstancias.

FINLAY Y MIRANDA

Carlos J. Finlay el gran sabio cubano que descubrió el medio de transmisión de la fiebre amarilla y que gracias a su genial concepción científica se logró erradicar las terribles epidemias del popularmente llamado "Vómito Negro" de los trópicos, fue un gran amigo del doctor Miranda.

Este estuvo presente y votó a favor del ingreso de Finlay como Académico de Número y cuando el desagradable incidente provocado por la acusación del doctor Marcos de Jesús Melero, que trató de ridiculizar el trabajo de ingreso del doctor Finlay, en el debate participó el Dr. Miranda, oponiéndose a la actitud asumida contra Finlay.

También participaron los doctores Finlay y Miranda en varios de-

bates académicos y mantuvieron las mejores relaciones.

Ahora bien, lo que no hemos podido determinar a pesar de nuestra búsqueda por los archivos y documentos —cosa rara— que siendo el doctor Miranda un preocupado del problema de la fiebre amarilla, no escribiera nada ni dejara ninguna constancia en relación al descubrimiento de Finlay. Si bien es verdad el doctor Miranda no estaba en La Habana, cuando todo el proceso finlayista en relación con la fiebre amarilla, ello no es óbice, ya que jamás perdió el contacto con la Academia y necesariamente tuvo que tener conocimiento del trabajo “el mosquito hipotéticamente considerado como agente de transmisión de la fiebre amarilla” así como de los numerosos estudios que en los propios Anales de la Academia se publicaron por Finlay sobre esta cuestión. Pero la realidad es que nada suyo hemos encontrado sobre tan trascendental teoría científica.

Es más, en el Archivo de Gonzalo de Quesada y Aróstegui, publicado por la Academia de la Historia de Cuba en 1948, nos encontramos una carta de Finlay a Gonzalo de Quesada, donde termina la misma con un “atento saludo a mi querido amigo el doctor Miranda”.

MIRANDA CONSPIRADOR

Todos los cubanos tomaban parte en un bando u otro; unos cayeron en el de los autonomistas y los más en favor de la independencia plena de Cuba. El doctor Miranda estaba en este lado. Sus ideales francos y definidos no tenían más que una trayectoria: libertad absoluta.

Expresaba su pensamiento con entera franqueza, participaba en las reuniones conspiratorias y ayudaba económicamente a la causa revolucionaria. Pronto se vio envuelto en la atmósfera de hostilidad de los españoles y del Gobierno Colonial. Lo consideraban peligroso por cuanto el doctor Miranda era un médico que se trataba diariamente con las clases populares y era un propagandista activo en favor de Céspedes y de las ideas separatistas. Era un desafecto como lo calificaban los españoles.

La vida del doctor Miranda se le iba haciendo más difícil en La Habana. Estaba vigilado constantemente. Recibía anónimos donde se le amenazaba y temió por la seguridad de su familia. Decidió emigrar. Sentía abandonar su vida profesional en Cuba, sentía dejar su clientela pobre que quedaba desamparada y sentía desconectarse de la Academia de Ciencias, pero la situación apremiaba, la cárcel lo amenazaba tan de cerca que preparó su exilio.

En mayo de 1874 inició su viaje rumbo a Nueva York. Se llevó consigo todo lo que pudo. Incluso —según dicen familiares muy allegados— gran cantidad de dinero en oro.

Se estableció en la propia ciudad de Nueva York, incorporando su título de médico a la legislación americana, y comenzó a ejercer.

Pronto fué médico de la colonia cubana y también de la colonia latina. Al mismo tiempo se unió a los grupos de emigrados revolucionarios y comenzó las labores en pro de la independencia de Cuba. Dada su gran personalidad médica y su gran arraigo en la ciudad de Nueva York, su consulta adquirió una gran clientela de elementos norteamericanos. La prestigiosa Academia de Medicina de Nueva York le hizo Miembro Titular. Igual distinción recibió de la Sociedad de Jurisprudencia Médica de New York; New York Medical Country Medical Association, miembro fundador de la American Medical Association y fue delegado a numerosos Congresos Médicos Internacionales, tanto, en los propios Estados Unidos como en Europa. La actividad médica y científica del doctor Miranda fue constante, múltiple y fecunda.

Un detalle curioso del doctor Miranda en el ejercicio de su profesión es que era un médico solicitado por todas las clases sociales, gozaba de un justo renombre como clínico y como cirujano, aunque en este último aspecto era un tanto conservador, a pesar de practicar la cirugía y realizar intervenciones de importancia, especialmente en cáncer y otras afecciones, mantenía el principio de que “la mejor de todas las cirugías es la que más conserva” y agregaba: “el hombre es el animal que con mejor voluntad se somete a las vivisecciones”.

El doctor Gonzalo de Quesada y Miranda, al referirse al “médico de Martí” nos dice: “El doctor Miranda no sólo era admirado y querido por la colonia latina, sino también gozó siempre de gran fama entre sus colegas norteamericanos y bien por su talento y su gallardo tipo —¿quién no lo sabe?— más de una beldad norteaña, entre ellas algunas de las actrices más populares del día, lo llamaban a su lecho de enferma”.

En el periódico “Patria”, órgano oficial del Partido Revolucionario Cubano se publicó una nota con motivo del cambio de dirección de la consulta del doctor Miranda en Nueva York que decía así: “La oficina del doctor Ramón L. Miranda donde tantos afligidos han sido consolados y tantos dolores aliviados, se ha trasladado al número 349 West 46 Street. Sépanlo los numerosos clientes del genial doctor”.

MEDICO DE MARTI

José Martí era de constitución física débil, aunque en su vida sacaba fuerzas extraordinarias para poder realizar ja misión de su supremo ideal le imponía: la libertad de Cuba. Su salud comenzó a sufrir las alteraciones orgánicas desde su prisión en las Canteras de San Lázaro. En su cuerpo juvenil quedó grabado permanentemente la huella de la injusticia humana y de ese mal siempre sufrió Martí a través de todos los tiempos.

“Puede afirmarse, sin embargo —dice Gonzalo de Quesada y Miranda— sin lugar a discusión, por cartas, documentos y relatos fidedignos, que su principal padecimiento físico fue aquella cruel herida del

presidio político, que exigió varias operaciones en España y también en México, sin que jamás sanara completamente”.

En Martí los dolores orgánicos no hacían tanta mella como los dolores morales. A pesar de su estado físico, era de una fortaleza extraordinaria, pues jamás padeció de males que lo postraran durante largas temporadas, con excepción de las etapas en que se recrudecían los dolores de las llagas y lesiones producidas en el Presidio.

Padeció, sí, como todos los humanos, de afecciones sin mayor importancia y trascendencia, pero no podemos afirmar que en su vida haya sido víctima de ninguna de las graves enfermedades de aquella época.

De la angustia física y moral de Martí se ha hablado mucho, han habido múltiples interpretaciones, pero como humano al fin, sentía tanto en lo hondo de su alma las espinas de los problemas morales, como en su cuerpo los dolores físicos, que le producían las viejas heridas, el agotamiento del trabajo y el fragor de la constante lucha. Sentía en lo hondo del alma el dolor de Cuba irredenta. Cada día que suspiraba profundamente, Mayía Rodríguez le dijo que no le gustaba oírle suspirar. Martí le explicó: “Hay en Yucatán unos ríos subterráneos y salobres; de trecho en trecho la tierra se abre dejando oír por las grietas el rumor del río, que va con sus aguas amargas a perderse en el mar. Les llaman “Cerotes”. . . . Pues bien, esos, cerotes, son mis suspiros. El profesor Manuel I. Mesa Rodríguez, en un interesante estudio que tituló “Letra y Espíritu de Martí a través de su Epistolario” dice: “Hemos hablado de la angustia creadora que es la vida política del Apóstol. Hay más, hay también la angustia de su vida íntima. Ambas marchan parejas. Nadie tiene derecho a meter la cabeza en el sacrario del hogar”.

Resulta inconcebible —como muy bien dice el doctor Gonzalo de Quesada y Miranda— que no exista una hoja clínica de Martí, ni se haya realizado un estudio psicopatológico por ninguno de los médicos que lo trataron, incluyendo al propio doctor Miranda”.

Martí no tuvo jamás el temor a la muerte. El sabía que la vida es tránsito. Lo que ambicionaba era tiempo para poder realizar la obra que se había propuesto. En una ocasión solicitó los servicios de su médico y veamos la escena por las propias palabras del doctor Miranda: “Me mandó a buscar por estar enfermo y me dirigí a su casa al oeste de la calle 61 cerca de la Avenida de Columbia, lo encontré en su modesto y estrecho cuarto, postrado en cama, febril, nervioso. Examinado, diagnosticué bronquitis y que en breve se curaría; él se había alarmado creyendo que su enfermedad pudiera agravarse y me dijo: “Doctor, cúreme pronto, tengo una misión sagrada que cumplir con mi patria, poco me importa morir después de realizarla; la muerte para mí no es más que la cariñosa hermana de la vida”.

El mal fundamental que postraba a Martí, frecuentemente era la lesión inguinal producida por las cadenas que le aplicaron en presidio. Varias operaciones quirúrgicas sufrió, pero jamás sanó del mal.

Aunque otros galenos trataron y asistieron a Martí en España,



El más conocido retrato de Martí. Lo obtuvo el fotógrafo cubano Juan Bautista Valdés, en Bond Hall, cerca de la ciudad de Kingston. Jamaica, en 1892.

En México y en los propios Estados Unidos, eran atenciones circunstanciales, nunca de una manera premanente como lo hizo el doctor Miranda hasta que abandonó la ciudad de Nueva York para ir a ofrendar su vida en el martirologio de Dos Ríos.

Debido a la gran intimidad que se creó entre ambos, Miranda con su sistema pausado, suave y convincente, lograba llevar muchas veces a Martí a tratamientos que él descuidaba, abrumado por el peso de la responsabilidad que tenía sobre sí.

Además, el doctor Miranda no sólo trataba en Martí los males físicos, sino que se preocupaba de aliviarle la tensión de los males morales, de los que como humano al fin era víctima constantemente, por parte no de los adversarios, sino de los propios cubanos, que por sus incomprensiones, egoísmos, precipitaciones, vanidades y envidias, le hacían blanco de sus saetas envenenadas, que acabarían por llevarlo a la inmolación de Dos Ríos a morir de cara al sol.

El doctor Miranda con su don diplomático y sus métodos persuasivos, tenía la virtud de calmarlo como el mejor sedante que lograba aminorar las exaltaciones que les producían aquellos hechos injustos. Martí tenía un profundo cariño por el doctor Miranda, a quien no sólo consideraba su médico, sino su consejero. Ante problemas graves acudía al “doctor” como él le llamaba para oír su opinión. Más de una crisis fue resuelta por el consejo oportuno del doctor Miranda, que era un espíritu sereno, apacible, distante de todo apasionamiento. Practicaba una filosofía de comprensibilidad para todos los problemas humanos y jamás alentó el fuego de las desbordadas pasiones.

En la correspondencia de Martí observamos muchas cartas, donde en frases cortas pero plétóricas de sentimiento dicen mucho, como por ejemplo, al invitarlo el doctor Miranda a un homenaje al doctor Fermín Valdés Domínguez le expresa: “Le tengo tanto cariño que no creo escribirle con pompa y besamanos. En la compañía de usted salen las cosas, mejor hechas. A usted sólo lo innoble le es extraño”.

Cuando Martí publicó en la ciudad de Nueva York en el año de 1891, su libro con los “Versos Sencillos” le envió un ejemplar con la siguiente dedicatoria: “A un médico que cura siempre, al Dr. Ramón L. Miranda. Su amigo muy cariñoso. José Martí”.

Como médico estudió profesionalmente a Martí. Lo cuidaba no como un cliente, sino como un hijo.

REDACTOR DE “PATRIA”

Desde joven Ramón L. Miranda tuvo cierta inclinación a la letra impresa. Gustaba del periodismo, ya lo vemos de estudiante en Francia como participa de aquella soñadora empresa de un grupo de compañeros cubanos con los que fundó y editó “Eco de París” dedicado a la divulgación de los progresos de la medicina.

Al verse obligado a exilarse en los Estados Unidos y establecer contacto con Martí, fue uno de los grandes entusiastas de la publicación del periódico "Patria". En más de una ocasión su peculio particular era el sostenedor de este órgano de publicidad del Partido Revolucionario Cubano que fundara el Apóstol y quien le diera su aliento y calor hasta su muerte.

Cuando se fundó "Patria" fue Ramón L. Miranda uno de sus redactores. Escribía de todo. Miguel Varona Guerrero refiriéndose a esta publicación apuntaba: "Patria" lo dirigieron su fundador José Martí, Enrique Varona y Eduardo Yero y figuraron entre sus redactores y colaboradores: Tomas Estrada Palma, Benjamín J. Guerra, Ramón L. Miranda, Manuel Sanguily, Gonzalo de Quesada, Francisco de Paula Coronado, Sotero Figueroa, Manuel de la Cruz, Manuel Moré, Juan Fraga, Emilio Leal, Enrique Hernández Miyares y otros.

Pero Ramón L. Miranda no se dedicaba solamente a contribuir económicamente al periódico, ni escribir cuartillas necesarias, hacía allí cuanto fuera útil y conveniente, como lo prueba su nieto el doctor Gonzalo de Quesada y Miranda al decir: "Escena corriente era ver a Miranda, su sobrino (Luis Rodolfo Miranda) y Gonzalo de Quesada acompañar a Martí en sus múltiples quehaceres, trabajar con él en cuanto menester se presentaba en la redacción de "Patria" y luego cargar con los paquetes del periódico revolucionario hasta las oficinas de correo".

EL FRACASO DE LA "FERNANDINA"

Al surgir el fracaso de la expedición la "Fernandina", Martí, deprimido, desesperado, lleno de indignación ante la traición de que había sido objeto por la indiscreción de uno de los conjurados, fue obligado por Gonzalo de Quesada a abandonar la ciudad de Jacksonville y refugiarse en la casa del doctor Miranda en Nueva York, para esquivar la persecución policíaca norteamericana que buscaba los comprometidos para ponerlos en prisión.

"Imposible es poder bosquejar —dice el propio doctor Miranda— el estado de excitación nerviosa en que se encontraba Martí, se paseaba incesantemente de un lado a otro de la sala, intranquilo, lamentando lo que acababa de suceder, meditando lo que debía hacerse, no desmayando en su empresa. Apenas concilio el sueño esa noche".

La situación era desesperada. Los fondos de la Emigración habían quedado liquidados con las inversiones de esta expedición fracasada. Martí veía las dificultades de obtener fondos nuevamente para unirse a Máximo Gómez y Antonio Maceo y salir a Cuba en busca de la libertad o de la muerte.

En esos instantes de angustia, donde las palabras no podían mitigar ni el dolor, ni la desesperación, surgió la figura noble de su propio médico, que no le recetó sedante para calmar la crisis de aquellos nervios

sometidos a enorme tensión por largo tiempo, porque lo que allí estaba en juego era la independencia de la patria. Martí levanta la cabeza y toma el papel que le extendía su médico: era un cheque por varios miles de dólares que donaba el doctor Miranda para levantar nuevos fondos con que reponer las pérdidas. Seguidamente surge una dama cubana de rango abolengo, doña Luciana Govín, esposa del doctor Miranda, quien le entrega a Martí, un cheque en blanco y le dice: “—Puede disponer hasta de cien mil dólares que hay en el banco”.

Rápidamente afluyeron otros donativos, los de Gonzalo de Quesada, los de Luis Rodolfo Miranda, aún menor de edad, quien le dice al Maestro que puede disponer de toda su herencia para la Revolución.

—No puede ser —le interrumpe el doctor Miranda, con un alto concepto del deber y de la responsabilidad que tenía sobre la patria potestad de Luis Rodolfo Miranda como tutor del mismo al morir su padre. Eres menor de edad y yo no puedo disponer de esos fondos”.

—Pero si estoy dispuesto a dar mi vida por Cuba —le respondió Luis Rodolfo Miranda— cómo no voy a poder darle mi dinero.

A aquellos donativos reunidos rápidamente por Martí en la propia noche del fracaso de la “Fernandina”, se unieron luego otros muchos con lo que al fin logró iniciar su viaje para unirse a Máximo Gómez y Maceo y partir para Cuba donde se iniciaba la guerra de 1895.

Para evitar la repetición del fracaso de la “Fernandina”, por traiciones o indiscreciones, se elaboró un nuevo plan, donde Martí mantiene, como dice el doctor Emilio Roig de Leuchsenring, “los mismos lineamientos del anterior en cuanto al carácter nacional de la Revolución”. Y para dar la orden del alzamiento fijado para el 24 de Febrero de 1895, se comisionó a Juan Gualberto Gómez, quien tenía que avisar a Martí por cable y en clave, la fecha fija del alzamiento en las seis provincias. Y fue seleccionada la señora Luciana Govín, esposa del doctor Miranda, para recibir ese mensaje trascendental, que llegó en su fecha oportuna y copiado textualmente dice así: “Luciana Govín, 349 W. 46 N. Y. Aceptado giro, Arturo”.

El doctor Néstor Carbonell, que al igual que sus hermanos José Manuel y Miguel Angel, han hecho un culto de la memoria de Martí y han dedicado su vida a enaltecerla, divulgarla y honrarla, refiriéndose en su obra “Martí, carne y espíritu” dramatiza aquellos momentos en que el Maestro, abrumado, pero sereno, indignado, pero pensando en Cuba y su libertad ante el fracaso de la “Fernandina” lo hace hablar para decir:

“A mi alrededor, siempre, Gonzalo, mi hijo bueno y magno, y en las veladas de la mesa y, en ocasiones, en las de la sala, su adorable Angelina con el rostro lleno de pena; Lucianita Govín de Miranda, todo nobleza y entusiasmo y el doctor Miranda su esposo, que es de la raza superior, con su corazón sincero y hospitalario. En aquella casa, en todos los instantes sentí a mi lado la presencia benévola y pura de esos seres. Bien hicieron ellos en darme, en tan angustiosos días, albergue generoso.

Junto a ellos se me calmaron las ansias, y sentí, dulcemente, el bien de la amistad. De la amistad impalpable que es la fuerza de la vida. Para todas las penas, es la amistad remedio seguro. Un rincón de corazones es la gloria del mundo. Aquel rincón de corazones fue, en aquellos días, santuario y taller de la libertad. Es la generosidad, dote de las almas profundas: prenda exclusiva de las almas nobles. La casa de Gonzalo, nido de espíritus evangélicos que gozaban en darse, en hacer el bien en silencio, lejos del mundo, de sus celebraciones y sus lágrimas, fue para mí, en esos días de tribulaciones grandes, coraza contra toda maldad y flor de ternura. ¡Ay del que no tiene un recuerdo de desinterés con qué calentarse en el invierno! ¡Miserio quien no tiene la dichosa memoria de 'una hora de servicio humano, de amistad o de libertad, de cariño o de justicia, de compasión o de limosna! Al corazón se le deben poner alas, no anclas, ni garras".

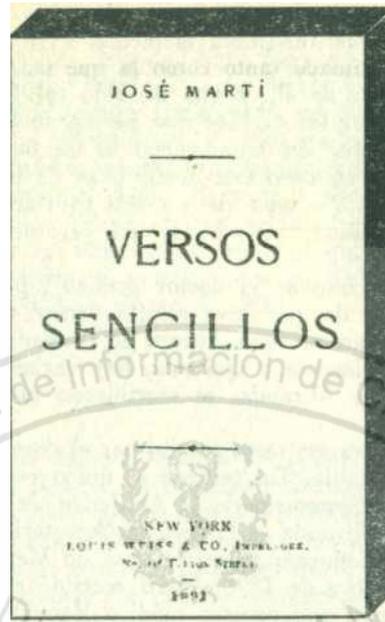
MIRANDA PRESO EN LOS EE. UU.

Al comenzar esta disertación dijimos que el doctor Ramón L. Miranda sufrió la persecución de las autoridades españolas en su propia patria por sus trabajos conspiratorios por la independencia de Cuba, pero también al exilarse a los Estados Unidos para emprender sus trabajos en la emigración revolucionaria, tuvo que sufrir la persecución de las autoridades americanas y permanecer en prisión al fracasar una de las expediciones que organizaba.

Para confirmar esta afirmación que hicimos, nos basamos en lo dicho por su sobrino el Comandante Luis Rodolfo Miranda, en su libro "Antorchas de la Libertad" donde dice: "Cuando yo regresaba al lado de Martí, después de alejar de nuestro hogar a los agentes americanos y a los espías españoles, el Apóstol me daba las gracias. Pensad qué hubiera sido del Apóstol de ser detenido por las Autoridades Americanas, recordamos que el doctor Luis (doctor Ramón Luis Miranda) fue recluido en una prisión por un caso análogo, si bien se trataba de una expedición que no tenía la importancia ni la trascendencia de la de "Fernandina".

MARTÍ Y MIRANDA

Martí, en su constante y dinámica vida en la lucha revolucionaria, no tenía tiempo para nada, pero cultivaba con sus cartas el afecto de sus amigos por encima de todo. Al propio doctor Miranda, que era su médico, su consejero, su amigo, al tener noticias que embarcaba para La Habana, le escribe, diciéndole: "A R. L. Miranda. Diciembre 11 de 1890. Mi amigo y señor: Vivo clavado en la mesa, sin una hora mía, en que ir a ver a los que valen tanto como usted y alegrar y curar el corazón, que



*A un médico que cura siempre,
al Dr. Ramon Miranda
Su amigo muy cariñoso
José Martí*

Dedicatoria del libro de Martí "Versos Sencillos" a su médico Dr. Ramón L. Miranda. (Cortesía de Gonzalo de Quesada y Miranda)

es en donde tiene usted la verdadera medicina. Pero Gonzalo sabe que pocas visitas hubiera estimado tanto como la que usted tuvo la bondad de hacerme acompañado de él, y que ha sido mi intención de todos los días darle gracias por los cariños que he estado en estos días recibiendo de usted. Lo mejor del mundo ¿no es un buen amigo? Ahora me dice Gonzalo que se va usted esta noche para La Habana y le pongo al vuelo estas líneas para que sepa que no deja aquí amigo más afectuoso y agradecido, ni estimador más sincero de sus muchos méritos que José Martí”.

Martí llamaba a Miranda “el doctor poético”, por su afición a la poesía. No hay noticias de que haya escrito versos, sin embargo entre sus papeles, que conservan su nieta Aurora de Quesada de Masnata y su biznieto doctor David Masnata y Quesada, hay varias libretas donde de puño y letra del propio Miranda, se escribieron numerosos versos de nuestros mejores poetas.

Entre ellos se observa un verso escrito por el doctor Antonio Mestre, dedicado al doctor Miranda. Tal vez sea el único verso que escribió el ilustre médico que fue Secretario de la Academia de Ciencias.

Cuando al doctor Miranda se le designó Secretario de la Sección de Patología Interna del Congreso Panamericano de Medicina con sede en Washington, en septiembre de 1893, Martí escribió en “Patria”: “Para los cubanos es un honor que nuestro médico Ramón L. Miranda haya sido ya, con toda anticipación escogido como Secretario de la Sección de Patología Interna en el Congreso. El doctor Miranda es mérito tranquilo, que dura y se reconoce”.

SOCIEDAD DE BENEFICENCIA HISPANO-AMERICANA
DE NUEVA YORK

La Sociedad de Beneficencia Hispano-Americana de Nueva York, fue fundada por la Colonia cubana el 15 de febrero de 1892, por iniciativa de un cubano, el señor Vicente Díaz Comas y fue presidida por el doctor Ramón L. Miranda a la que dio todo su calor entusiasta y sostuvo con su propio peculio personal. La Sociedad prestó grandes servicios a los cubanos residentes en Nueva York, bien exilados por causas políticas, desamparados, etc.

Sobre la Sociedad, Martí, en una de sus crónicas magníficas refiriéndose a un acto celebrado en la misma glosando los discursos allí pronunciados, al referirse al doctor Miranda, dijo: “Es el turno del doctor Miranda: los quevedos apenas se equilibran en la punta de la nariz griega, los ojos debajo de las leves cejas, pierden cierta melancolía que algunas veces los invade, y parecen saltar de contento, viendo cómo aumenta el caudal de los pobres; no puede permanecer sentado se pone en pie, la larga levita parece cobrar vida; de los labios amorosos sale el elogio a un miembro de la Comisión, ausente el mejicano Santiago

Smithers; que en su físico hercúleo lleva toda un alma de paloma que tiene el corazón tan ancho como el pecho donde lo guarda para ejercer la caridad. El doctor Miranda, acariciando sus patillas, dice modestamente, entre aplausos y felicitaciones, lo que por su parte ha obtenido.

Pero la indiferencia ambiente hizo que la institución se disolviera y obligara a su presidente el doctor Miranda, a decir a modo de responso lo siguiente: “Muchos, cuando gozan de salud y prosperidad se olvidan del que sufre; y no hay mayor felicidad que la de hacer feliz a aquellos que sufren física y moralmente por falta de recursos”. La Sociedad fue disuelta el 2 de marzo de 1896.

HOMBRE DE HOGAR

El doctor Miranda fue un hombre de hogar. Tres ideales lo inspiraban: su patria, su familia, su profesión. Era noble, afable, de carácter rectilíneo. Amaba a sus padres entrañablemente, tenía pasión por su único hermano al que estaba unido estrechamente, al morir éste fue tutor de su hijo, Luis Rodolfo Miranda, que hizo desde niño un gran aporte a la Revolución, alcanzando por méritos de guerra el grado de Comandante; amaba a su esposa intensamente y quería a sus hijos con pasión y a sus nietos con idolatría. Cuando viajaba, le escribía todos los días a su esposa con acentos amorosos más propios de un enamorado que de un marido tras largos años de feliz unión. A su hija Angelina, igualmente le escribía y nunca olvidó a sus nietos Aurora y Gonzalo.

Se cuentan anécdotas familiares de aquel gran patriota y hombre de hogar, una de ellas relatada por su sobrino, Luis Rodolfo Miranda, menor de edad se enroló en una expedición que debía partir hacia Cuba desde Nassau. El doctor Miranda, su tutor, evitó que aquel soldado de 16 años se incorporara a la Revolución diciéndole: “Eres muy joven aún. Quédate aquí donde puedes prestar servicios igualmente valiosos a la causa cubana en la emigración”.

Poco tiempo después Luis Rodolfo logró convencer al viejo, como le decía, logrando su autorización y marchando a la manigua redentora a las órdenes del General Calixto García, como soldado de la libertad.

—Fue la única vez —decía Luis Rodolfo— que le vi ceder, pero se trataba de la libertad de Cuba.

Era un gran conversador, gustaba de la tertulia, y tanto en Matanzas como en Nueva York era ameno y culto animador de todas las charlas.

Se cuenta otra anécdota al respecto: en Matanzas las muchachas protestaban en las fiestas porque Ramón L. Miranda reunía a los jóvenes en torno a su conversación acaparándoles demasiado tiempo con sus cuentos y relatos.

La muerte de su esposa doña Luciana Govín fue para Miranda un golpe muy rudo. Amaba entrañablemente a su mujer. Se hallaba muy

identificado con ella al través de toda una vida de comprensión mutua, de amor y devoción, que trascendía como concreción edificante de un matrimonio modelo. Doña Luciana padecía de diabetes y esa fue la enfermedad que la llevó a la tumba. El doctor Ramón L. Miranda quedó desolado, pero sin demostrar exteriormente su dolor. Era de los que creía con Martí “que morir es seguir viaje”.

ESTATUA DE MARTI EN MATANZAS

Terminada la guerra su única preocupación fue lograr que en la ciudad de Matanzas se erigiera una estatua a Martí. La iniciativa cobró cuerpo. Se formó el Comité integrado por el propio doctor Miranda, Gonzalo de Quesada, Rafael M. Govín, Gustavo F. Govín, Angelina Miranda de Quesada, Carlos M. Trelles, Enrique B. Barnet, Luis Rodolfo Miranda y Conrado E. Martínez. Comenzaron los aportes y se comisionó al escultor italiano Salvador Buemi para la realización de la estatua. Como es frecuente en tales iniciativas las cantidades recolectadas no cubrían el valor de la obra y el doctor Miranda, de su peculio particular completó la suma necesaria. Y la estatua fue una hermosa realidad en la Plaza de la Libertad de Matanzas y develada el 24 de febrero de 1909.. En este acto, que fue una gran fiesta de honda devoción patriótica, hablaron además del Alcalde Municipal doctor Alfredo Carnot, el propio doctor Miranda y los doctores José Antonio González Lanuza y Alfredo Zayas Alfonso. También el ilustre autor de “Mi Bandera” Bonifacio Byrne, expresó en versos cuanto en aquel acto sentía su alma de poeta matancero y don Emilio Blanchet recitó “Oda a Martí” y como colofón el Himno del eminente violinista José White.

Ya podía morir tranquilo Ramón L. Miranda, había rendido el homenaje que Matanzas le debía al Apóstol Martí.

ADIOS A MATANZAS

El doctor Miranda, como se sabe, nació en Matanzas y amaba profundamente su suelo natal. No era regionalista, era cubano, pero quería el pedazo de tierra que lo viera nacer y gustaba cultivar sus amistades matanceras y rememorar los días de su niñez.

Ya inaugurada la estatua de Martí, Miranda había cumplido una de las grandes satisfacciones de su vida y ahora se dispuso a partir hacia La Habana y después a Nueva York. Seguramente no esperaba las grandes demostraciones de afecto que los matanceros habrían de tributarle como un emotivo homenaje de despedida.

Todo el pueblo de Matanzas, sin distinción de clases sociales, se reunió en torno al noble y venerable anciano de blancas barbas y pudo



El Dr Ramón L. Miranda en compañía del escultor italiano Salvador Buemi, autor de la estatua de Martí en Matanzas. (Archivo Quesada-Miranda)

observar cómo centenares de niños de las escuelas desfilaron ante él, rindiéndole el homenaje más grande que ha podido experimentar, según sus propias palabras.

En la prensa matancera de aquellos días se exterioriza la emoción de este homenaje, que no hemos querido interpretar, sino copiar de un testigo presencial para que sea el mejor testimonio de tan sincero y espontáneo homenaje. Dice el periódico "El Republicano Conservador": "Momento de veras emocionante fue aquel en que situado el doctor Miranda en el centro de la entrada principal del Palacio Provincial y rodeado de personas de significación, recibió el homenaje que representaba él desfile de aquellas trescientas criaturas, algunas monísimas y que ordenadamente, guiadas por sus profesores y profesoras al pasar frente al noble anciano lo saludaban sonrientes, algunas emocionadas, quitándose sus modestas gorritas y sombreros, los niños y las niñas inclinando sus frentes puras y con aire de tener plena conciencia del acto que realizaban. El espectáculo de aquellas trescientas cabecitas saludando a la venerable ancianidad del eximio patriota, resultó de una intensa emoción indescriptible. Y cómo agradeció el doctor Miranda aquéello. Su actitud, la expresión de su rostro, eran las de un hombre agobiado por la felicidad. Y por cierto que él no cuidaba o, seguramente no podría ocultarla puesto que más de una vez vimos lágrimas surcando su noble rostro. Dos o tres veces quiso hablar, decir algo trascendental y a la altura de su emoción y no pudo hacerlo, limitándose a emitir alguna que otra frase dulce y que quería ser festiva, pero que no llegaba a serlo a los niños desfilantes. "A todos, hijos míos me los llevo fotografiados en el pensamiento" —dijo— y volviéndose a algunos que teníamos el honor de estar inmediatos a él, nos agregó con voz velada por algo que se parecía al sollozo: "Créanme, señores, si por la fortaleza que dan los años y por los actos naturales a los embates de una larga vida, yo no estuviera hecho ya a las grandes emociones, este espectáculo, este homenaje que se me tributa por estos niños y que me hacen sentir lo que jamás sentí, haría sin duda estallar mi corazón. Positivamente el placer no mata".

Fue su adiós a Matanzas, porque no volvió más".

ENFERMEDADES DE MIRANDA

Miranda de niño según el diario de su propia madre, padeció de viruelas benignas, fue una víctima del mal endémico de la época. No en balde el doctor Miranda cuando el descubrimiento de Jenner y su introducción en Cuba por Romay fue un decidido partidario de la vacunación antivariólica, habiendo merecido elogios en la Academia de Ciencias y de autoridades sanitarias de la época, por la labor desplegada no solo en la distribución de las vacunas sino en su actuación personal inmunizando a todos los vecinos, especialmente a los niños.

Por el diario de su propia madre se sabe que sólo padeció ligeras enfermedades durante su infancia. Después, de hombre, tampoco se anota ninguna enfermedad grave en su vida. Todo lo contrario, era de una constitución física fuerte y además, era hombre que no abusaba de su organismo. Jamás padeció de enfermedad grave alguna. Ya en el año 1910 tenía 74 años y conservaba su mente lúcida, su actividad múltiple, demostraba en todo lo relativo a la erección de la estatua de Martí en Matanzas. Empero, ya se sentía algo achacoso.

Un día una embolia lo postró en el lecho, para no levantarse más... Duró poco tiempo el proceso de su mal, atendido por los mejores médicos de la ciudad de Nueva York, pero la ciencia nada podía hacer ya. Había llegado el término de una vida noble, digna y ejemplar. Su gran misión de patriota, de amigo, de médico, esposo, padre, abuelo, y tutor estaba cumplida.

Durante la enfermedad el doctor Fermín Valdés Domínguez que también estaba postrado, escribió en su lecho de enfermo sobre Miranda estas sentidas palabras: "Supe con angustia que mi noble amigo, el consecuente amigo y médico de mi hermano Martí, estaba gravemente enfermo. Y quise buscar fuerzas en mi cerebro y pedir con religioso fervor a mi Dios que sostuviera la vida que tantas grandezas recordaba, que era guardadora de tantas virtudes, de tanto amor a la patria, de tanta devoción a la ciencia, de tanto cariño para todos los que en la tierra sufrían".

Y en la ciudad de Nueva York, murió el doctor Ramón Luis Miranda y Torres el día 27 de enero de 1910, víspera del natalicio de Martí.

Junto a su lecho de muerte estaba su hija Angelina, Gonzalo de Quesada, sus nietos, Aurora y Gonzalo, a los que él idolatraba, como es fácil observarse a través de su epistolario.

Su vida fue fecunda para su familia y su patria, a la ciencia, a los pobres, a los humildes. Y fue un culto perenne a la amistad y al deber.

BIBLIOGRAFIA CONSULTADA

- "Archivo de Gonzalo de Quesada y Arostegui" (publicación de la Academia de la Historia de Cuba). La Habana. 1948.
- "Academia de la Historia de Cuba" (Varias publicaciones).
- "Antorchas de la Libertad" por Luis Rodolfo Miranda. 1949.
- "Anales de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana".
- "Archivo Nacional" (publicaciones y documentos).
- "Bibliografía de la Prensa Médica Cubana" por el Dr. Mario Sánchez Roig. La Habana. 1939.
- "Biblioteca Científica Cubana" por Carlos M. Trelles. Matanzas. 1919.
- "Cuba: la leyenda y la realidad" por Alfonso Hernández Catá. "Cuba en Europa" Año I. No. 14. Barcelona 1910.
- "Contribución de los médicos cubanos al progreso de la medicina" por Carlos M. Trelles (Editorial A. Dorrdecker. La Habana. 1948).
- "Crónica Médico Quirúrgica". La Habana.
- Colección del periódico "Patria".
- "Diario de Campaña del Comandante Luis Rodolfo Miranda" por el Prof. Manuel I. Mesa Rodríguez (Publicación del Historiador de La Habana). 1954.
- "Diario de Doña Gumersinda Torres de Miranda".
- "El Manifiesto de Montecristi, sus raíces, finalidad y proporciones" por Emilio Roig de Leuchsenring. La Habana. 1957.
- "El Colegio del Salvador" por el Prof. Manuel I. Mesa Rodríguez (inédito).
- "El Ideal de la Libertad y la Atenas de Cuba" por Luis Rodolfo Miranda. 1948.
- "El Médico de Martí" por Gonzalo de Quesada y Miranda. Revista "Ecos" La Habana. 1951.
- "El Eco de París" colección del periódico de medicina, cirugía y ciencias auxiliares. París 1958.
- "Historia de la Medicina en Cuba" por el Dr. José A. Martínez Fortún y Foyo. La Habana, 1958.
- "Los Periódicos de Martí" por Joaquín Llaverías. Publicación del Archivo Nacional. La Habana, 1928.
- "Los Mecenas de la Academia de Ciencias" por el Dr. Saturnino Picaza. Anales de la Academia de Ciencias, 1950.

- "Letra y Espíritu de Martí a través de su Epistolario" por el Prof. Manuel I. Mesa Rodríguez. Publicación de la Academia de la Historia, 1953.
- "La Guerra de Independencia de Cuba" por Miguel Varona Guerrero. La Habana, 1956.
- "Médicos en la vida de Martí" por César Rodríguez Expósito (Cuaderno de Historia Sanitaria) publicación del Ministerio de Salubridad y A. Social. La Habana, 1955.
- "Martí" (estudio integral) por Medardo Vitier. La Habana, 1954.
- "Monumento a José Martí" por Israel M. Moliner. Matanzas, 1953.
- "Martí, Carne y Espíritu" por Héctor Carbonell. La Habana, 1952.
- "Martí, hombre" por Gonzalo de Quesada y Miranda. La Habana, 1940.
- "Natales de Martí" por Gonzalo de Quesada y Miranda, publicaciones de la Academia de La Historia. La Habana, 1959.
- "Obras Completas de Martí" (Editorial Trópico) La Habana, 1938.
- "Pensando en Martí" por Luis Rodolfo Miranda. La Habana, 1947.
- "Últimos días de José Martí en New York" por el Dr. Ramón L. Miranda (Revista Cubana Vol. 29 Número Homenaje. Publicación del Ministerio de Educación, 1953.

